

7 de enero de 2024 - Epifanía del Señor

[Is 60,1-6; Ef 3,2-3a.5-6; Mt 2,1-12](#)

Homilía

El Evangelio de Mateo es extremadamente sobrio sobre el nacimiento de Jesús. En su primer capítulo, traza primero el árbol genealógico de José y, por tanto, también el de María, ya que obviamente pertenecían a la misma tribu y a la misma familia extensa. Luego viene el relato de la aparición del ángel Gabriel a José diciéndole que no dude en tomar a María como esposa. Luego, en el siguiente capítulo, el segundo, Jesús es "descubierto" por los Magos de Oriente, que le ofrecen regalos reales antes de volver a casa. El Evangelio no dice nada más sobre estas personas, por lo que la piedad popular ha seguido bordando y añadiendo detalles sobre ellas a lo largo de los siglos.

Intentemos ver qué es lo esencial en este relato del evangelista Mateo. En el centro de la historia está el niño, con María su madre. Ambos son inseparables, tanto por la sangre como por la misión. José ni siquiera se menciona; su humilde papel y su propia misión se han descrito en el capítulo anterior. Tiene el cuidado y la custodia del niño y de la madre, nada más. Este niño, que es el Mesías esperado por generaciones, no es reconocido por los sumos sacerdotes y los escribas del pueblo que lo esperaba. El rey Herodes, que ejerce el poder civil del opresor, quiere matar a este niño, que podría causarle cierta molestia si las fantasías de los magos tuvieran algún fundamento. Los sabios, que no tienen nombre y han venido de tierras lejanas, adoran a este niño y luego vuelven a casa. Sin embargo, no son ingenuos, pues son capaces de percibir el ardid de Herodes y evitar caer en su trampa.

Los Reyes Magos siguen siendo un modelo para los buscadores de hoy en día, así como para los de todos los tiempos. Buscadores que no juegan con los signos y símbolos, sino que reconocen el valor simbólico de las cosas ordinarias. Buscadores lo suficientemente locos como para abandonar la seguridad y la comodidad de sus países y palacios para seguir una estrella que probablemente no era tan diferente de todas las demás.

No buscan una señal; buscan a alguien. Cuando la señal es visible, la siguen. Cuando la señal desaparece, se enteran de otra manera. Y cuando llegan a la meta, la señal deja de ser importante. En ningún momento adoran a la estrella. Cuando la ven, sienten una gran alegría. Cuando la estrella se detiene sobre una casa, entran en ella. ¿Y qué encuentran? Una realidad lo más humilde y ordinaria posible: un

niño y su madre. ¿Y qué hacen? Se arrodillan y adoran. El relato de Mateo parece complacerse en subrayar el contraste entre el carácter bastante extraordinario de la señal que los condujo a su meta y el carácter bastante ordinario de la realidad que descubren y adoran.

La aspiración al encuentro con Dios ha sido puesta por el Creador en el corazón de todo ser humano. Las religiones pueden servir de estrellas, nada más. No todas tienen el mismo valor, pero ninguna puede ser objeto de culto y adoración. Sólo se puede adorar al Dios que se hizo niño para convertirse en uno de nosotros y asumirlo todo. Hacia él, a través de los tiempos, han convergido personas de todos los horizontes, guiadas por miles de millones de estrellas diferentes.

Es este aspecto del misterio de la Encarnación el que celebramos hoy.

La última frase de esta historia es misteriosa y probablemente tenga muchos significados que nunca terminaremos de descubrir. "*Se les advirtió en sueños que no volvieran a la casa de Herodes, así que regresaron a su país por otra ruta*". El sueño en la Biblia nunca es sólo un sueño. Es una experiencia espiritual a través de la cual uno descubre la voluntad de Dios para él o ella entrando profundamente en sí mismo. Al igual que los Magos no se enteraron del nacimiento del Salvador por la lectura de los escritos judíos, sino por la contemplación del cielo estrellado, fue por una experiencia de interioridad que percibieron la falsedad de Herodes y en adelante siguieron su camino sin preocuparse por el antiguo Israel, regresando a sus propios países, sus propias culturas y sus propias experiencias espirituales, llevando el descubrimiento personal que habían hecho de la Salvación que Dios había traído a todas las naciones.

Estos Magos no eran miembros de una secta religiosa en búsqueda espiritual. Eran simplemente seres humanos, interesados en los misterios de la naturaleza, interesados sobre todo en la naturaleza humana; que, en sus observaciones de las estrellas, habían creído percibir el nacimiento de un nuevo rey en un pueblo muy pequeño, el pueblo judío. No buscan al Mesías, del que probablemente no saben nada. Simplemente buscan un rey recién nacido. Cuando lo encuentran, presentan sus respetos y se van. Este fue probablemente su único contacto con Jesús. No se convirtieron en sus discípulos. Eran hombres rectos, honestos y sinceros. La salvación es para esas personas.

Dios no ha esperado a que estemos a la altura de las circunstancias para dialogar con nosotros. Nos envió a su Hijo, su Palabra, siendo nosotros pecadores. Del mismo modo, nos pide que lleguemos a todos los que nos rodean, vengan o no a nosotros,

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

simpaticen o no con nosotros, tengan o no las mismas ideas. También nos pide que respetemos a todos los seres humanos -simplemente porque son humanos-, tengan una afiliación religiosa diferente a la nuestra, o incluso ninguna, y sean cuales sean los delitos que hayan cometido o de los que se les acuse.

Antes de ser creyentes o ateos; ortodoxos, católicos o protestantes; cristianos o musulmanes, sunitas o chiitas; chinos, japoneses u occidentales; los hombres y las mujeres son ante todo "humanos" creados a imagen de Dios e igualmente dignos del más profundo respeto. Esto es lo que Dios quiso enseñarnos haciéndose uno de nosotros.

Armand Veilleux